



EL

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

**SUMARIO.** Instruccion: por don A. Pirala.—Dolora: ¡Quién supiera escribir! por don R. Campoamor.—Contra Soberbia Humildad (continuacion), por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Las seis mujeres de Enrique VIII de Inglaterra (conclusion).—Variedades: La vida del Año, por Gazél.—Modas.

## INSTRUCCION.

Grande es el error que comete la señorita que considere el matrimonio como la autorizacion para ostentar alhajas, ostentosos vestidos y gozar el privilegio de oirse llamar señora; y no lo es menos tambien el de las que llevan á tan seria asociacion, esos pensamientos novelescos, fruto de una educacion poco razonada, y creen encontrar en el marido uno de esos amantes tiernos, cuya dulce galanteria no se desmiente jamás. ¡Vana ilusion, que se desvanece como el humo, que el matrimonio disipa, cual el sol á la niebla que no puede resistir sus esplendentes rayos!

Pero no porque carezca el matrimonio de esta especie de romanticismo, deja de tener sus encantos: preguntadlo á esas esposas afortunadas, á esas madres venturosas, y os dirán que no habian conocido antes la felicidad; que la dicha de sus juveniles años pasó como un sueño, sin dejar á veces en el corazon ni aun recuerdos; y de casadas, su dicha es la de su marido, la de sus hijos, la de cuanto las rodea, porque todos gozan con su bien y todos sienten su mal.

Interesa, pues, desencantar completamente esas imaginaciones inexperimentadas en su

creencia, y hacerlas presentir una parte de las pruebas, de la suerte que le puede estar reservada en el porvenir, y nadie como una madre puede emprender con éxito tan necesaria tarea. De sus resultados pende la felicidad ó desgracia de su hija.

Por ser los celos un semillero de disgustos, un manantial de desgracias y un verdadero infortunio, debe combatirse esta tendencia natural en las almas apasionadas, en esas imaginaciones impresionables, ofuscadas por el amor, hasta el punto de olvidar su razon. Dan lágrimas á los ojos y amargura al corazon. Persuádanse que en ciertas ocasiones, el perdón y el olvido, suelen ser las mejores armas.

El hombre que tiene un corazon generoso y nobles sentimientos, el que posee el amor de una persona digna, cuanto mas ella se engrandezca, mas será amada. El perdón obliga como la nobleza. Por lo general, los celos no tienen mas fundamento que el exceso de amor propio; y la imaginacion finje favores donde no hay ni deferencias.

No es posible garantizar el porvenir de toda clase de sufrimientos; pero debemos esforzarnos en dar desde luego los preservativos, y presentar la vida bajo un punto de vista real, verdadero, para que la práctica al destruir los sueños exaltados, las visiones engañosas, no



conduzca al desaliento, á la desesperacion quizá, y á todos los males que son la consecuencia de la pérdida de una ilusion en ciertas organizaciones muy ardientes.

Prescindimos ocuparnos de algunos caracteres superficiales para quienes no hay mas vida que la de los bailes y placeres, ni mas cuidado que el de la moda de los adornos. A tal carencia de entendimiento, de buen sentido y de razon, solo dirémos lo que aquel filósofo de la antigüedad, que al ver á un jóven hacer alguna cosa reprobada, silbaba al padre.

Los padres son quienes deben apresurarse á hacer de su hija una persona sensata, y que mire el matrimonio bajo su verdadero aspecto, y no como una novela cuyo héroe es el marido.

Destinado á ser el amigo, ella debe ser su consuelo; la que comparte con él las penas; la que ha de sufrirlas con valor y dignidad, la que identificada en fin con su marido haga suya la familia de éste, sufra las vicisitudes á que conducen las nuevas afecciones, y fortifíquese para los grandes deberes que tiene que llenar en ese nuevo estado, en el que muchas no piensan hallar mas que placeres, independencia y un esposo siempre enamorado como un novio.

La ilustracion de la madre, invocando en su ayuda la religion, consigue fácilmente cuanto hemos manifestado. La religion al menos es un lenitivo á las penas, y comenzando ella la educacion debe terminarla. Ella sea el poderoso auxiliar que deje una madre á su hija al separarse. Es el último deber de una madre: aquí acaba su mision.

Tambien nuestra tarea. Comenzamos á tratar sobre la educacion é instruccion de la mujer, y lo hicimos desde que se halla en la cuna: aunque ligeramente, porque no permite mas estension la naturaleza de este periódico, hemos cumplido lo que ofrecimos. Proseguirémos, si bien lamentándonos de no ser nuestras fuerzas tan grandes como la voluntad, y que otras tareas nos roben el tiempo que deseáramos dedicar á estas.

A. Pirala.

## LITERATURA.

### DOLORA.

¡Quién supiera escribir!

—Escribidme una carta, señor cura.

—Ya sé para quién es.

—¿Sabeis quién es, porque una noche oscura nos visteis juntos?—Pues.

—Perdonad, mas...—No extraño ese tropiezo: la noche... la ocasion...

Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:

*Mi querido Ramon:*

—Querido?... Pero, en fin, ya lo habeis puesto...

—Si no quereis... —Sí, sí!

—*Qué triste estoy!* ¿No es eso? —Por supuesto.

—*Qué triste estoy sin ti!*

*Una congoja al empezar me viene...*

—Cómo sabeis mi mal?...

—Para un viejo una niña siempre tiene el pecho de cristal.

*Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.*

*Y contigo? Un eden.*

—Haced la letra clara, señor cura, que lo entienda eso bien.

—*El beso aquel que de marchar á punto te di...* —Cómo sabeis?...

—Cuando se va y se viene y se está junto siempre... no os afrenteis.

*Y si volver tu afecto no procurá, tanto me harás sufrir...*

—Sufrir y nada mas? No, señor cura, que me voy á morir!

—Morir? Sabeis que es ofender al cielo?...

—Pues, sí señor, morir!

—Yo no pongo morir.—*Qué hombre de hielo! Quién supiera escribir!*

Señor rector, señor rector! en vano me quereis complacer, si no encarnan los signos de la mano todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mia ya en mí no quiere estar;

que la pena no me ahoga cada dia... porque puedo llorar.

Que mis lábios, las rosas de su aliento, no se saben abrir;

que olvidan de la risa el movimiento á fuerza de sentir.



Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,  
cargados con mi afán,  
como no tienen quien se mire en ellos  
cerrados siempre están.  
Que es, de cuantos tormentos he sufrido,  
la ausencia el mas atroz.  
Que es un perpétuo sueño de mi oído  
el eco de su voz...  
Que siendo por su causa, el alma mia  
goza tanto en sufrir!...  
Dios mio, cuántas cosas le diría  
si supiera escribir!...  
Pues señor, bravo amor. Copio y concluyo:  
*A don Ramon...* En fin,  
que es inútil saber para esto arguyo  
ni el griego ni el latin.

R. DE CAMPOAMOR.

## CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

El traje de Inés era el de una aldeana rica, como lo indicaban sus medias negras (1) y su vestido de anascote; pero aquel traje, si bien gracioso, porque se ceñía á un talle bien formado, no tenia la provocadora expresion que el de Teresa; sus piés, aunque pequeños, se resentian del calzado tosco de la paisana; su aire era modesto, pero sin elegancia, y en su mano derecha ostentaba con sencilla coquetería un mezquino anillo de plata, que le habia regalado su novio, jóven y robusto montañés, que merced á algunos caseríos y tierras de pan llevar, podia considerarse un labrador de mediana fortuna. Pero si Inés no tenia un hermano elegante que la regalase anillos de oro, y pañuelos de seda y de muselina, en cambio Teresa no tenia novios, ó por mejor decir, no le habia llegado aun la hora de amar, porque el orgullo es casi siempre una fuerte coraza para los golpes que se dirigen al corazón.

Inés cifraba todo su cariño y su esperanza en Francisco, y no ponía cuidado alguno en ocultar aquel amor que encerraba todo su porvenir; Tere-

sa se hubiera avergonzado de que su corazón latiese un momento por aquellos adoradores, que hubieran espuesto la vida por una mirada suya, pero que usaban un lenguaje tosco y sencillo, y tenían las manos encallecidas por el trabajo.

—Inés, dijo Teresa deteniéndose debajo de un frondoso castaño, un poco separado del camino; sentémonos á esperar la hora, y desde aquí podremos mejor ver lo que pasa.

—Sentémonos, respondió Inés saludando graciosamente á los aldeanos que pasaban por el sendero; pero ¿por qué no quieres que vayamos hasta el pórtico?

—Bah! respondió Teresa con dignidad, ¿quieres que nos mezclemos con esos andrajosos que bailan al pié del señor Diego?

—Por Dios, Teresa, por Dios, habla bajo, porque podrian oirnos, y se burlarian de nosotras, y nos aborrecerian.

—¿Y qué se me da á mí por su aborrecimiento?

—Por Dios... yo no sé si á tí te importa, pero por todo el oro del mundo no quisiera que los parientes de Francisco creyesen que los despreciaba.

La sencilla Inés halló muy natural la maliciosa sonrisa de Teresa, que por no disgustarla cortó la conversacion, preguntándola con su natural viveza.

—Díme, Inés, tienes mucho miedo á los franceses?

—Miedo! repitió Inés casi asustada por aquella inesperada pregunta: ¡miedo! ¡mas que á la peste, Teresa! ¿y quién no ha de tener miedo á esos judíos que meten los caballos en las iglesias, que roban y queman los caseríos, que matan á todos, y.... Jesús! Jesús!

—Pues eres una niña, Inés, replicó Teresa con cierto aire de superioridad.

—¿Pues qué no les tienes miedo, Teresa?

—Miedo.... no diré que no, pero siempre estoy oyendo á mi hermano que no es tan fiero el león... ¿Qué sé yo?... esta misma mañana me ha estado contando mil maravillas de la guerra y del lujo que gasta el ejército francés, sobre todo la caballería; si le oyeras contar los magníficos caballos que traen los oficiales, con gualdrapas de grana y de terciopelo, como el manto de Nuestra Señora! Y los bordados del general, que dicen que su vestido parece un sol de oro!... Vamos, te digo que mi hermano estaba entusiasmado con aquel lujo y aquella hermosura.

—Pero dime, ¿dónde los ha visto tu hermano? Teresa no sabiendo como contestar á aquella pre-

(1) Las aldeanas de Asturias, aun las bien acomodadas, llevan generalmente las piernas desnudas.



guntó se ruborizó, y por toda respuesta hizo un gracioso movimiento de hombros.

—Porque ellos no han llegado todavía á nuestras montañas, continuó Inés con ingenuidad.

—¿Qué quieres? como mi hermano está muchas veces forastero, los habrá visto.

—¡Y había de acercarse á nuestros enemigos, cuando es él quien va hoy á cantar el *Te Deum* por la derrota que han sufrido?

—Tienes razon.... pero ¿qué quieres que te diga? yo á pesar del terror que esparce en todas partes su llegada, quisiera verlos un momento.

—Verlos! repetía Inés en el colmo de su admiración, verlos! Dios nos libre! ¿y para qué querías verlos, Teresa?

El esquilon que no había cesado de tocar á gloria dió en aquel momento tres campanadas, que á no ser por lo agudo de su sonido pudieran llamarse solemnes, y cesó de tocar.

Toda la gente se precipitó en tropel hácia la iglesia, donde solo se aguardaba la llegada de las dos amigas para dar principio á la ceremonia.

Teresa entró en la iglesia con la cabeza erguida, y se encaminó hácia la izquierda del altar mayor, llevándose tras sí las miradas de todos los jóvenes de la aldea, que la respetaban como á una reina.

Inés se detuvo al pié de la pila del agua bendita, hizo la señal de la cruz, y fué á arrodillarse sobre las baldosas, cerca de los parientes de Francisco, que la amaban como á un ángel, y no lejos de Teresa, que ostentaba su gallarda figura sobre un estrado de madera, levantado en otro tiempo para la señora feudal de la aldea de Argandenes.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## LAS SEIS MUJERES DE ENRIQUE VIII

DE INGLATERRA.

CATALINA PARR.

(Conclusion.)

Una noche, Catalina, sentada á la cabecera del Rey, sostenía una discusión acalorada; olvidando su habitual prudencia se atrevió á demostrarle que estaba en un error.

El Rey frunció el ceño. Aceptó despues los cuidados que la reina le prodigaba, y le dió sonriendo las buenas noches.

Apenas hubo salido, mandó que la prendieran á la mañana siguiente. Felizmente para ella, tuvo como una inspiración del peligro que la amenazaba.

Presentóse temprano en la cámara del Rey, y le manifestó su temor de no haber comprendido bien la grave cuestión de la víspera.

Enrique lisonjeado en su amor propio, se la esplicó de nuevo.

La reina manifestó entonces, como sorprendida, que se hallaba efectivamente en un error, y cuando el capitán de guardia se presentó á cumplir la órden que tenía, S. M. le despidió tan rudamente, que era fácil comprender que la pobre reina no debía temer nada, al menos por aquel día.

Enrique sentía aproximarse su fin, pero se esforzaba en rechazar aquella dolorosa convicción. Sus accesos de furor se acrecentaban. Hallándose casi en la agonía, envió al cadalso al hijo del duque de Norfolk, conde de Surrey, joven caballero, notable por sus brillantes cualidades y distinguido talento, bajo el frívolo pretexto de que ostentaba en su seno las armas de Eduardo, el Confesor, de quien eran en efecto descendientes los individuos de aquella familia. El Rey los hizo sentenciar como culpables de alta traición; el anciano duque debía ser decapitado al día siguiente, pero el Rey murió por la noche.

Cuando se estendió aquella noticia, hubo una alegría universal. Todos habían vivido dominados por el terror, y respiraron.

Eduardo VI fué proclamado Rey de Inglaterra, con entusiastas aclamaciones de toda la población. Sus dos hermanas le acompañaban cuando se dirigió á la Torre, y la multitud los saludaba con respeto, sabiendo que ellos también habían sufrido durante el último reinado.

El cadáver de Enrique, encerrado en una caja de plomo, se depositó en la capilla medio arruinada del Monasterio de Sión. Dicen que las personas encargadas de velarle por la noche, se retiraban á dormir terminados los Oficios de la tarde, dejando así á la sombra del Rey difunto defenderse como mejor pudiera de las de aquellos monjes á quienes había despojado de su asilo y hecho morir en la hoguera.

Hubo también una circunstancia singular y que parece ser castigo de la Providencia. El mismo monasterio había servido de prisión á la infortunada Catalina Howard, y precisamente el 13 de Febrero, quinto aniversario de su ejecución; el cadáver de su bárbaro esposo quedó espuesto en tan vergonzoso abandono.



Catalina Parr, á pesar de su noble carácter, y de las exigencias de la etiqueta, respiró al fin, viéndose libre de la espantosa esclavitud en que gemía desde su matrimonio.

Escribió secretamente al que nunca había dejado de amar. Seymour era hermano del duque de Sommerset, que acababa de ser nombrado protector del reino y tutor del joven Rey. Le llamaron á la corte, y recibió de su sobrino el título de gran Almirante de Inglaterra.

Pasados los primeros días de su viudez, la reina se retiró á la pintoresca posición de Chelsea, situada á orillas del Támesis, que formaba parte de sus inmensas propiedades.

Bajo las frescas arboledas de aquellos deliciosos jardines volvió á ver á Seymour.

El supo justificarse del modo un poco ligero con que había desvanecido sus compromisos.

La reina continuó recibiendo en el mismo sitio sus visitas.

Reprocháronla entonces el que á pesar de la oposición del gran Consejo, hubiese dispuesto de su libertad, contrayendo un nuevo enlace á los seis meses de haber muerto el Rey. Si se atiende, no obstante, á que él la obligó á los tres meses de viuda á una unión precipitada y contraria á sus deseos, es de suponer que se creyó suficientemente autorizada para obrar según su voluntad, respecto á lo que entonces constituía su dicha.

Hemos dicho ya que las cualidades morales de Seymour no estaban en armonía con sus brillantes dotes físicas. Ambicioso, egoísta y frívolo, todo lo sacrificaba á sus pasiones. Es probable que las inmensas riquezas de Catalina aumentadas por las donaciones del Rey, fueran el principal móvil de su pretensión.

Muy pronto, sin embargo, una orden del Consejo obligó á Lady Seymour á depositar en el tesoro de la corona las joyas que había recibido del Rey, y que solo continuando viuda hubiese podido conservar.

Habiendo cometido la imprevisión de montar aquellas alhajas con las mejores suyas, y no pudiendo obtener la restitución, su fortuna sufrió gran menoscabo.

Seymour la demostró bruscamente su desagrado: se hallaba en vísperas de ser madre; tenía que lamentar ya sus infidelidades, que ni aun se tomaba el cuidado de ocultarla, y no tardó en corresponder á las reconvenciones de Catalina con malos tratamientos.

Aislada en su desgracia, porque aquel fatal ma-

trimonio la había alejado de los suyos, vió llegar junto á ella á la bondadosa Ana de Cleves.

Ana la consoló, la reanimó, y no se separó de Catalina hasta que dió á luz una preciosa niña.

Al día siguiente, atravesando una galería para dirigirse al cuarto de la enferma, Ana al pasar por la habitación de la princesa Isabel, que continuaba viviendo con Catalina, oyó en ella la voz del almirante.

Sorprendida de que estuviese junto á la princesa, Ana se detuvo indecisa, no sabiendo qué hacer.

Seymour salió furtivamente, sin verla, y se dirigió al dormitorio de su esposa.

Ana creyendo mas prudente ocultar este incidente á su amiga, dió á Seymour tiempo de llegar, andando lentamente detrás de él.

Encontró á la enferma muy agitada.

—Ah! señora! exclamó al ver á la princesa, soy muy desgraciada, y los que debieran tener en cuenta mi posición, no evitan medios de agravarla y se burlan de mis penas!

—¿Y quién os ha dicho que me burlo de vuestras penas? dijo Seymour aproximándose á su cama. ¿Quereis que convenga en ello cuando son imaginarias?

—Imaginarias! Ah!... repuso Catalina con voz ahogada.

Dos días despues, lady Seymour tuvo una violenta cuestión con su marido acerca de la princesa Isabel.

Apenas había terminado, Catalina se sintió acometida de agudísimos dolores.

Una hora despues espiró.

No faltó quien sospechara si fué debida su muerte á un envenenamiento: mas vale creer que los pesares y los celos que ocasionó Seymour á Catalina en unos momentos en que tanto necesitaba de tranquilidad y calma, fueran causa de su prematuro y desgraciado fin.

Su conducta escitó la indignación general, y lo que dió pábulo á tan odiosas sospechas, fueron sus continuos obsequios á Isabel. Le habían oído quejarse de *estar casado*, manifestando si no la *posibilidad de aspirar á una elevada alianza*.

La astuta princesa alentando en provecho suyo y por su constante ambición los proyectos del almirante, le daba esperanzas, que se hallaba muy lejos de querer realizar.

Seymour tenía muchos y poderosos enemigos, siendo el primero de todos su hermano, el duque de Sommerset.

Las acusaciones se hicieron directas.



La principal fué la de haber dirigido sus miras sobre una princesa de sangre real: y ademas haber disipado los fondos de la marina, y otras muchas malversaciones, por las cuales la Cámara estrellada le condenó á la pena capital.

Murió diez meses despues que Catalina.

En sus últimos momentos vió abrirse la puerta de su prision.

Presentóse en ella Ana de Cleves, acompañada del sacerdote que debia asistirle en su hora suprema.

Ana se aproximó lentamente llevando en sus brazos á la tierna hija del gran Almirante y de Catalina Parr.

—«Mylord, le dijo, vengo á pedirlos para esta niña, que desde hoy será mi hija, la bendicion paternal. Las primeras palabras que pronuncie, serán una oracion por su desventurada madre, y por vos, Mylord, que vais á dar en breve en otra vida cuenta de vuestras acciones. Tened confianza en Dios, y en su misericordia infinita.»

Seymour bendijo á su inocente hija; la contempló durante algunos momentos en silencio..... despues sus miradas espresaron á la princesa todo su dolor y temores como padre, pero tambien todo su reconocimiento.

Poco despues llegó el gran *sheriff* seguido de los constables.

Ana se levantó y se alejó, estrechando contra su corazon y dejando caer sus lágrimas sobre el delicado y triste vástago de la bella y cèlebre Catalina Parr.

*Imitado del francés.*

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

## VARIEDADES.

### LA VIDA DEL AÑO.

**ENERO.** Gime por boca de los gatos como el niño en la cuna.

Llora por los ojos de las nubes; y qué llorar! Aburridos están los habitantes de la coronada Villa de tantas lágrimas. Brilla el sol un instante para llover de nuevo. Como el niño que ensaya una sonrisa para llorar con mas fuerza.

Tiende sobre la tierra un manto de nieve, y la hace aparecer vestida de blanco como si estuviera en pañales.

Es árido como el principio de la vida.

Enfermizo como la infancia.

Enemigo de la limpieza.—Las madres dirán si en esto se parece á la niñez.

**FEBRERO.** Breve, como en la edad en que con todo se goza, porque se ignora el valor de todo.

Inconstante, como en sus primeras aficiones el niño.

Vientos frios y encontrados cruzan por una atmósfera pura y trasparente, como las pasiones por el cielo de la razon en la primera edad.

Las nubes huyen tan rápidas en alas de los vientos, que apenas dejan espacio para verlas.—Así las sombras del dolor en el alma del niño.

Al huracan sigue la calma, como al llanto la risa cuando se desconoce el valor de ambas.

El vulgo llama *toco* á Febrero, y le sobra razon, porque este mes es variable como un niño.

Informal, como quien desconoce aun las exigencias de la sociedad.

Caprichoso, como el corazon que aun no se ha fijado.

**MARZO.** La flor del almendro, blanca y pura, como la primera pasion, anuncia la primavera.

Así la imágen de una mujer dibujada por la ilusion en el alma del niño anuncia la juventud.

La naturaleza va cambiando de aspecto. A la aridez sucede la animacion. El manto de nieve que cubria la tierra es reemplazado por una alfombra de verdura. Este es el color de la esperanza.

Las aves cantan.—La música es el idioma en que se enuncian las pasiones.—Los pueblos en su infancia son esencialmente músicos y poetas.—Los hombres lo mismo.—Esta observacion es original de un clásico que juzga imposible la existencia de la poesia lirica en las sociedades modernas.

**ABRIL.** La vegetacion es lozana y vigorosa. La luz del sol viva y ardiente.

Los árboles se visten de hojas.

Los campos de flores.

El cielo despliega su inmensa túnica del color de los celos.

La naturaleza se atavia con todos los encantos y todos los colores de la pasion.

Las nubes recostadas sobre las cumbres de los montes no se atreven á enturbiar la dicha de que disfruta la tierra.



**MAYO.** Luz, aromas, armonía; auras ligeras que con amantes besos entreabren las corolas de las flores, que hacen sonreír á los lagos rizando blandamente sus aguas, que susurran misteriosas en las verdes y espesas enramadas, que despiertan á las niñas con la aurora llamando á los cristales de sus balcones, que juegan con sus cabellos cuando corren por los campos, que refrescan las frentes cuando arden bajo la influencia del sol ó del pensamiento y templan la sed del corazón sediento de placeres.

**JUNIO.** El sol abrasa á la tierra como el deseo al corazón. El mismo astro que les dió vida, va robando sus matices á las flores. Así una misma pasión embellece y aya el rostro de la mujer. La flor se inclina agobiada por la luz que hiere su cáliz como la frente bajo el influjo de la idea que acosa el alma. Faltan fuerzas porque sobra vida. Pálidece y calla el mundo exterior porque la pasión ha hecho vibrar su última cuerda, ha presentado su postrera forma, ha pronunciado su última palabra.

**JULIO.** Los frutos penden de las ramas de los árboles.

Las flores han desaparecido. Sirvieron para producir los frutos.

Las arboledas que antes embellecían los campos, viven solo para nutrir las semillas asidas á sus ramas.

Las ráfagas de viento queman como el aire condensado en la sala de un festín.

La luz del sol cansa como la imagen del placer al hombre gastado.

La atmósfera es pesada y triste como el recuerdo á los treinta años.

**AGOSTO.** El rocío se desprende de los árboles al asomar la aurora.

Las flores plegan sus hojas para defender su cáliz de los besos del sol.

Parece que la naturaleza llora y se esconde avergonzada de la luz, como una niña á quien persigue el remordimiento.

El ardor canicular ha penetrado en las entrañas de la tierra, y los valles han perdido los matices que les dió la primavera; como una mujer á quien una pasión ha robado los colores de la juventud.

Las secas mieses han vestido los campos con las tintas de la tristeza.

Pálido es también el color del semblante, cuando la vida refluye al corazón y el recuerdo avasalla al pensamiento.

**SEPTIEMBRE.** Auras frescas como los vientos que azotan el rostro á la salida de una bacanal.

Los suspiros de la tierra condensados en nubes, negras como las sombras del dolor, recorren ese vasto campo del color de los celos y se deshacen á la salida del sol en una lluvia de lágrimas.

Los frutos han caído de las ramas que las sostuvieron, y la naturaleza comienza á despojarse de sus galas.

*Como una virgen al placer rendida  
cuelga el profano velo en el altar (1).*

**OCTUBRE.** Lleva tras sí los pámpanos Octubre (2).

El viento, frío como las caricias de la vejez, lleva en sus alas las últimas armonías de los bosques.

Las hojas de los árboles toman el color pálido de los campos.

Ráfagas de fuego iluminan el espacio como una habitación las últimas ondulaciones de una luz que se apaga.

Huracanes, calma, nubes y lluvia como un viejo gastado que busca en los contrastes la dicha que el tiempo le arrebató.

**NOVIEMBRE.** Las secas hojas caen de los árboles como los cabellos de la cabeza del anciano después que la edad ha cambiado su color.

Negro y tupido velo de nubes, del cual se desprende la lluvia á manera de silencioso llanto, esconde la faz del sol. Así cubre su rostro el amante para no ver morir á la mujer que ama. Así llora el padre sobre el sepulcro de sus hijos.

**DICIEMBRE.** Ni flores, ni verdura, ni frutos ni hojas. La misma aridez que en el principio de la vida.

El viento es helado como el soplo de la muerte.

La decolorida vegetación desaparece bajo el manto de nieve que á manera de blanco sudario se estiende sobre la tierra.

(1) Zorrilla.

(2) Góngora.



Ay! esa nieve que cuaja  
sirve á dos años iguales,  
al que viene de pañales  
al que se va de mortaja (1).

Diciembre y Enero se asemejan como el oriente y el ocaso de la vida.

Como la infancia y la ancianidad.

Como los dos crepúsculos de un día.

GAZEL.

### MODAS.

El traje de baile, carísimas lectoras, es la piedra de toque de la mujer: de su buena ó mala elección dependen sus triunfos, ó su desprestigio en los círculos de buen tono. Para su confección y adherentes deben consultarse, como hemos dicho mas de una vez, la estatura, el color del cabello, la edad y las demás disposiciones de la persona. Hasta los veinte y cuatro años, nos es permitido un traje que nos envuelva en una nube de gasas y de tules; hasta esa edad nos es lícito trasformarnos en hadas ó ninfas, pero en llegando á los veinte y cinco, es ya indispensable vestirse como mujer. La belleza y proporcion de las formas está entonces en todo su apogeo. No es ya la aurora, ni la primavera de la vida; tampoco el crepúsculo de la tarde: es el sol en mitad de su carrera; es la rosa abierta ya, y en toda su plenitud, á la que los céfiros mecen todavía, lisonjeándola con mentidas esperanzas. No convienen ya tanto las telas ligeras, y es menester por lo mismo irlassustituyendo con otras de mas riqueza y consistencia, que dando á la toilette mas dignidad, la constituyan mas seria y distinguida. Todavía pueden usarse sobre un viso de tafetan ó raso, las lindísimas gasas brochadas con dibujos á cuadros ó listas; no desdican aun los trajes de crespon, y que entre sus draperías y sus muchos afollados, se intercalen adornos de flores naturales, pero si no se ha de bailar, ó se ha de bailar poco, es de tan buen tono, como novedad, un traje de grós blanco, con disposiciones de ramos sueltos ó guirnaldas, tejidas en sedas matizadas.

Así como los azabaches entran por mucho en los trajes de calle, en los de baile hacen un gran papel las perlas y corales, no solo en los prendidos y adornos de pecho, sino en mazorecas entre los lazos de cinta, que adornan el cuerpo y falda.

Los adornos de cuerpo y mangas, deben guardar armonía con los de la falda. Si los volantes, por ejemplo, son de crespon ó tul, y van guarnecidos de rizados de cinta estrecha de raso, en uno ó mas órdenes, deberán acompañar otros correspondientes en las mangas y berta, y en las traviesas de la pieza de pecho, si ésta entrase en el complemento del traje.

Para señoritas muy jóvenes, cuyo traje debe recomendarse por su sencillez, es del mejor efecto un vestido de triple falda, terminada cada una por un jareton de cuatro dedos de ancho, entre el cual se corre una cinta de raso del número 12. La última de estas faldas puede levantarse por ambos lados, por medio de una castellana, compuesta de lazos de cinta de raso.

Los vestidos de telas ricas, como brocados, muerés y otras, se guarnecen en el día con disposiciones de delantal en la falda: éstas se componen de tres órdenes de rizados de cinta estrecha formando zig-zag. Aunque algunos de estos vestidos se hacen sin aldeta, para disimular su falta se guarnece el cuerpo con un ancho volante de blonda ó de guipure: ó bien se pone un fleco ancho de enrejado, de torcidillo ó de bellotas.

El temporal crudo que entorpece las comunicaciones hace algunos días, nos ha alcanzado también desgraciadamente. Por su causa se ha retrasado el figurin, que acostumbramos repartir con el número del día 16: en su lugar damos un lindo grabado de labores, que contiene un modelo de bolsa, ejecutada á crochet, y otro de tira para guarnición de colcha ú otros objetos, hecha á punto de aguja. Con el número inmediato acompañaremos el figurin. Nuestras suscriptoras saben que en los seis años que llevamos de existencia periodística, ni una sola vez hemos faltado á dar el cumplimiento debido en todos nuestros números.

AURORA PEREZ MIRON.

(1) El Marqués de Molins.